



## CAPITULO X

### Culto.—Disciplina.—Vida religiosa y moral de los cristianos.

FUENTES.—Chardon, *Historia de los Sacramentos*.—Martene, *De antiq. Eccl. ritibus*.—Las obras de Mammachi, Selvaggio, Pellicia, Binterin. Cf. sup. Litt., párr. 83. Véase el sentido simbólico de los principales objetos del culto, profundamente explicado en Dionis. Areopag., *de Hierarchia ecclesiastica*; Staudenmaier, *Espíritu del cristianismo*, expuesto en sus fiestas, Sacramentos, etc Maguncia, 1823, 2 tomos.

Libres ya los cristianos en lo exterior, y cediendo á la virtud del cristianismo, que arrastra á la acción, ¡podían manifestar en el culto externo sus pensamientos de piedad y sus sentimientos religiosos. También veremos organizarse rápidamente el culto augusto y misterioso de la Iglesia católica, tal como se perpetuó en el trascurso de los tiempos, en cuanto á sus partes esenciales y constitutivas. La victoria del cristianismo sobre el paganismo fué celebrada por numerosos símbolos.

Desde luego se elevaron templos más numerosos y magníficos. Constantino y su piadosa madre Helena dieron con este motivo un insigne ejemplo que tuvo muchos imitadores. Los cristianos, reunidos en otro tiempo para celebrar el culto divino en las casas particulares y en las cavernas aisladas, se reunieron en iglesias nuevas, enriquecidas por lo regular con una prodigalidad excesiva de ornamentos y de vasos de oro y plata, cargados de piedras preciosas. Los templos paganos se convirtieron en iglesias: los magníficos edificios públicos y las basílicas donde se administraba la justicia fueron entregados al culto cristiano, tomando de aquí las grandes iglesias los nombres de (*ba-*

*silica, templa*). La forma ordinaria de aquellas iglesias era la que se les da todavía: una nave, y por lo regular también una cruz. El interior de la iglesia se dividía ordinariamente en tres partes: 1.ª al Occidente, *el atrio* para los que no eran todavía cristianos: 2.ª *la nave* para los penitentes y los fieles (*navis, laicorum oratorium*): 3.ª el coro (*sanctuarium*), por lo regular más elevado que el resto, y separado de la nave por medio de balaustradas y cortinas, estando rodeado además por un pórtico semicircular: en este sitio se elevaba el altar. En los primeros tiempos era casi siempre de madera: después del siglo IV fué de piedra, adornado de una cruz y candeleros, colocándose en su remate una representación del Espíritu Santo en forma de paloma. Hasta el final de este siglo no se hace mención de varios altares en una misma iglesia. Entre la nave y el coro, ó en la nave misma se encontraba sobre una ó dos gradas más elevadas que el pavimento un atril para el lector. En el coro había una silla más elevada aún, desde la cual instruía el obispo al pueblo. En el templo ardían perennemente lámparas, como símbolos de la gloria eterna del que reina sobre la noche y el día. Á la

entrada de la iglesia había una pila ó fuente con destino á las abluciones. Las grandes iglesias tenían edificios accesorios, tales como un *bautisterio*, construido regularmente bajo la forma de la rotunda romana, y salas destinadas al depósito de los muebles de la iglesia (*secretarium, seu diaconicum magnum*).

Casi al mismo tiempo de su creación se trató ya de la consagración de las iglesias. Por lo regular se hacía esta consagración por medio de una fiesta solemne, durante la celebración de un concilio, conservándose su memoria con una solemnidad anual (*encenia*).

Equivocadamente se atribuye al piadoso obispo de Nola en la Campania, Paulino, el cual vivía á principios del siglo V, la ingeniosa invención de las campanas y de las torres que las sostienen. Semejante uso no se extendió hasta el siglo VII. Entre las imágenes que decoraban los muros de los templos y de las habitaciones cristianas, ocupaba la cruz el primer lugar. El signo de la maldición, el símbolo de la infamia, se había convertido en objeto del amor, de los votos y del respeto de todos los fieles. Véasele elevarse triunfante en las casas, en la fachada de los edificios, en las ciudades y en los campos, en las montañas y en los valles, en los navíos, en los estandartes, en los libros y en todos los objetos del culto. La cruz recordaba al cristiano su verdadera vocación: sufrir por Dios y seguir á Jesucristo á la gloria por medio del sufrimiento. Se representaba también en cuadros á Cristo, los santos, los mártires y las escenas de la historia sagrada, como signos sensibles de las cosas invisibles para los ignorantes y los sabios, y como objeto de edificación para todos. El concilio de Trullo expidió un decreto sólo contra la representación de Cristo en forma de cordero. También en diversas épocas tuvieron que vituperar los doctores de la Iglesia el abuso de las imágenes que degeneraban en supersticiones paganas.

Desde que pudieron los cristianos, emplearon en su culto una gran magnificencia, que se manifestó desde luego en los ornamentos y vestiduras que usaba el clero los días solemnes en las diversas funciones de su ministerio. Las

vestiduras que distinguían al obispo del resto del clero eran: 1.ª entre los griegos la *estola* (*orarium* primero, y después *stola*); 2.ª un ornamento de lana blanca, llevado sobre los hombros (*pallium*), como símbolo del cordero perdido y hallado, que el buen pastor lleva encima. Este *pallium*, usado también en Occidente, fué enviado desde el siglo VI por los papas á los metropolitanos en señal de comunión y de dependencia; 3.ª la *tiara* ó la *mitra* de tela preciosa, ornada por lo regular de oro y de pedrería, era en Oriente y en Occidente el símbolo de la autoridad episcopal; 4.ª en Occidente se agregaban además el *anillo* y el *báculo*. El clero, por humildad y á la manera de los monjes y de los esclavos, se cortaba los cabellos, ó llevaba en lo más alto de la cabeza una tonsura (*tonsura Petri, signum passionis*), la cual fué impuesta más adelante á todo el clero.

La poesía y la música contribuyeron también á aumentar la pompa del culto público. En un principio se reclamó desde varias partes contra el uso de la poesía cristiana que se acababa de añadir al de los Salmos, cantados hacía mucho tiempo en las asambleas cristianas, y contra el de la doxología, compuesta de diversos versículos de las Santas Escrituras y de los himnos sagrados. Sin embargo, se hubo de ceder poco á poco al universal deseo. Pero sólo á los doctores de la Iglesia, varones de una piedad y una ortodoxia universalmente reconocidas, fué reservado el honor de expresar é inspirar los sentimientos de la fe cristiana por medio de sagrados cánticos. En Oriente fueron los más notables entre estos autores sagrados el profundo Synesio, cuyos himnos son altamente místicos; San Efrén el siríaco; los dos Apolínarés; Gregorio Nacianceno y Basilio Magno: en Occidente, Hilario de Poitiers, Ambrosio, cuyos himnos adoptó el cuarto concilio de Toledo; después Claudio Mamerto, Paulino de Nola, Sedulio, Próspero, Gregorio Magno, y el más poeta de todos ellos, Prudencio. El himno llamado ambrosiano fué acogido con universal favor, el *Te Deum laudamus*, que se decía compuesto por Ambrosio, repentinamente inspirado y lleno de un espíritu profético en el bautismo de San Agustín.





Los esfuerzos generales se dirigieron á componer un canto eclesiástico digno de su objeto, atribuyéndose el uso de las *antifonas* (cantos alternativos) á San Ignacio de Antioquia. Testimonios auténticos nos las presentan usadas ya desde muy temprano en las iglesias de Cesarea y de Constantinopla. San Ambrosio y San Gregorio Magno hicieron un señalado servicio con respecto á esto, instituyendo el tan conocido *canto eclesiástico ambrosiano y gregoriano*. El segundo, cuyas notas tienen igual duracion, se parece mucho á nuestro canto de coro, y el ambrosiano, de notas de duracion desigual, tiene más carácter de recitado. El canto gregoriano, tan grave y solemne, fué enseñado en una escuela fundada por este insigne papa, y de esta suerte se fué propagando poco á poco en toda la Iglesia. Andando el tiempo, el canto eclesiástico tomó un carácter más artístico, que lo hacia más humano que religioso: en este concepto, provocó severas censuras de los Santos Padres. Por último, los majestuosos sonidos del órgano, verdaderos ecos de las voces del cielo, vinieron á acompañar y vivificar el canto gregoriano.

Las solemnidades del domingo, de la Pascua y de Pentecostés, celebradas en el primer periodo, y los ayunos del miércoles y juéves, observados desde entónces, han quedado sin interrupcion en la Iglesia, como dias conmemorativos de una viva alegría ó de un profundo dolor. Las leyes de Constantino dieron un carácter aún más elevado á la fiesta del domingo, ordenando que en dicho dia vacasen los tribunales, cesasen las tareas de los jornaleros, y asistiesen los soldados al rezo comun. Tambien coadyuvaron al mismo objeto las ordenanzas eclesiásticas del concilio de Laodicea. Las de los de Arles y Nicea fijaron una misma época á la celebracion de la Pascua en toda la Iglesia. Pero la diversidad de los cálculos de Roma y Alejandría engendró cierta diferencia, que fué zanjada con la introduccion del *ciclo dionisiano*. Asimismo fueron observados más general y más uniformemente los cuarenta dias de ayuno, como preparacion para la solemnidad de la Pascua, durante los cuales no se debía celebrar ninguna fiesta de

mártir ni ningun matrimonio, etc. La última semana ántes de la Pascua (semana mayor) se consideraba con especialidad santa, señalándose en ella el juéves (*dies anniversarius cenae Domini*), el viernes (*dies crucis*), y el sábado (*sabbatum magnum*).

Segun testimonios verídicos, se celebraba al principio del siglo IV la *Ascension* (en Capadocia, dia de salud), precedida, conforme al ejemplo de Mamertino, obispo de Viena (469), de tres dias de rogativas (*diis rogationum*). Además de esto, se recordaba frecuentemente á los cristianos, «que para ellos eran iguales » todos los dias; que todos los dias debian consagrarse al recuerdo de la muerte de Cristo; » que todos los dias podian festejar á Cristo resucitado, uniéndose á él por medio de la comunión; que se habian instituido sábiamente los ayunos y las reuniones públicas en la Iglesia para los que no podian ó no querian » ofrecer diariamente á Dios el sacrificio de su oración ántes de vacar á los negocios mundanos; pero se les advertía asimismo que los » fieles habian sido ya invitados por las constituciones apostólicas á una oración cotidiana, » que debía renovarse seis veces cada dia. » Estas horas de oración eran: la de ponerse el sol, en acción de gracias por el dia transcurrido: la tertia, en memoria de la condenación de Jesucristo; la sexta, en memoria de su crucifixión; la nona, en honor de su muerte; por la noche, para pedir á Dios el descanso necesario, y al canto del gallo, para darle gracias por el naciente dia. Á las fiestas citadas más arriba se añadieron otras nuevas durante el trascurso del siglo IV, las que completaron el cielo sagrado de las conmemoraciones gratas á los cristianos.

La *Epifanía* ó la *Teofanía* del Oriente se extendió tambien en Occidente; sin embargo, tomó aquí una nueva significacion. Por el contrario, la fiesta de *Navidad*, la fiesta de la santificación de la naturaleza humana en el Verbo y por el Verbo encarnado, habia nacido en Occidente. Observada ya con generalidad en tiempo del papa Liberio, no se introdujo en Oriente hasta el 376, y se extendió por toda la cristiandad cuando San Juan Crisóstomo la reco-



mendó como la «madre de todas las fiestas.»

Aludiendo á la celebracion de esta fiesta en el solsticio del invierno, notaban profundos doctores de la Iglesia, que Cristo habia nacido precisamente en la época de las noches más largas y de los dias más cortos, porque entónces la oscura noche de la incredulidad cubria toda la tierra, y de allí en adelante se irian disminuyendo las tinieblas á medida que la fe en Cristo, Salvador del mundo, crecia entre los hombres.

Desde el siglo VII se preparaban piadosamente los fieles para las fiestas de Navidad así como para la de Pascua (*adventus*). Á las disoluciones paganas, á las supersticiones de las fiestas de año nuevo, opuso la Iglesia los ayunos, y más adelante la fiesta de la *Circuncion de Cristo*, símbolo de la circuncion del corazón, única que podia poner término á los desórdenes del paganismo. Añadiéronse á estas dos nuevas fiestas: la *Presentacion de Jesucristo en el templo* (*festum present. Chr. in templo*); la *Anunciacion de la bienaventurada Virgen Maria* (*festum Annunciationis*), cuya fecha es incierta, pero de la cual ya se hizo mencion en el concilio de Trullo (692). La Iglesia griega celebraba tambien desde el siglo VII la fiesta de la *Transfiguracion de Cristo*, agregándose á esta fiesta otra conmemorativa del nacimiento celeste de *todos los Apóstoles*, cuya solemnidad realizó el emperador Valentiniano, ordenando en este dia la suspension de todas las funciones judiciales.

Tambien se multiplicaron entónces los dias conmemorativos de ciertos mártires, de lo cual ofrece ya ejemplos el primer periodo. La memoria del mártir San Estéban se unió con mucha razon en la Iglesia occidental á la fiesta de Navidad, para demostrar que Estéban habia alcanzado la corona del martirio por el Verbo encarnado, por el cual habia dado testimonio y derramado su sangre.

En Roma se celebró muy pronto con la mayor solemnidad el dia de la muerte de S. Pedro y S. Pablo, como dia de su verdadero nacimiento (29 y 30 de Junio). El bautismo de sangre de los niños de Belén fué glorificado como fiesta de mártires y de niños (28 de Diciembre).

Por último la Iglesia griega instituyó una fiesta en memoria de todos los mártires y de todos los santos, como octava de Pentecostés, por cuanto eran vivos testimonios de la venida del Espíritu Santo. Esta fiesta se introdujo en Occidente bajo Bonifacio IV (desde el 1.º de Noviembre de 606), cuando el emperador Focas le concedió el panteon, convertido desde entónces en un templo consagrado á la santa Virgen y á los mártires. Excepto el dia del nacimiento de Jesucristo, no se habia celebrado hasta entónces más que el dia del nacimiento de S. Juan Bautista, el 24 de Junio, época en que los dias comienzan á disminuir, lo cual recordó á S. Agustín las palabras de S. Juan: «Él debe » crecer, y yo disminuir.» La cruz, hallada por Helena, despertó en los corazones cristianos el sentimiento de una alegría dolorosa; y cuando este leño sagrado fué reconquistado por la gloriosa victoria de Heraclio contra los persas, se celebró su memoria con la fiesta de la *Exaltacion de la Santa Cruz* (desde el 531) (*Festum Exalt. S. Crucis*, 14 de Setiembre).

Á medida que se fué desarrollando el culto, se expresó de una manera más significativa el sentido profundo de estos dos sacramentos. Además del exorcismo, el obispo soplabá sobre el catecúmeno, y tocaba sus orejas diciendo: *Ephphetha*, como un signo de la inteligencia espiritual que iba á despertarse; le ponía sal bendita en la boca, símbolo de la ciencia divina, y algunas veces leche y miel (*signus regenerantis gratie et suavitatis evangelice*), y ungió generalmente su cabeza con aceite consagrado. Así el agua como el aceite se bendecía de diferentes maneras, probablemente conforme á una tradicion apostólica. Durante la ceremonia, tenía el catecúmeno en la mano un cirio encendido, vuelto hácia el Occidente, en señal de que se consagraba á Cristo. Entónces se revestia de una alba blanca, símbolo de la vida santa y pura á la cual se consagraba (*candidatus*). Poco á poco se hizo general en Oriente y Occidente el bautismo de los niños, y S. Gregorio Nacianceno vituperaba ya severamente la inquieta solicitud de las madres, que temian bautizar á sus hijos en una edad demasiado tierna. «¡No dejes al mal tiempo





»para ganar terreno! ¡Que vuestros hijos sean santificados y consagrados al Espíritu Santo desde la cuna! ¡Su debilidad os contiene, y os hace temer el imprimir en su alma el sello divino! ¡Oh madres de poca fe! Ved á Ana, consagrando al Señor á su único hijo, y educándole á la sombra de los altares. ¡No temáis por lo que es mortal, sino tened confianza en el Señor!» Por mucho tiempo hubo ocasion de dirigir estos cargos á los adultos que dejaban su bautismo para una edad avanzada. La Epifanía, y especialmente la fiesta de Pentecostés y el tiempo de Pascuas, eran las épocas destinadas á la administracion del bautismo. Los neófitos se vestían de blanco, traje que conservaban durante toda la semana, y no o dejaban hasta el sábado siguiente.

Ya no se administraba el sacramento de la confirmacion al mismo tiempo que el del bautismo, como en el período precedente, porque de aquí en adelante los sacerdotes eran los que comunmente bautizaban. La confirmacion quedó reservada á las atribuciones especiales del obispo, quien la administraba ordinariamente durante las visitas de su diócesis. El aceite empleado en este sacramento se consagraba sobre el altar; con este motivo dice S. Cirilo lleno de santa gravedad: «Guardaos de despreciar este aceite saludable, y de considerarlo cual un aceite comun; así como el pan de la Eucaristía, consagrado por las palabras sacramentales, no es ya un pan ordinario, sino el mismo cuerpo de Cristo, de la misma manera este aceite, santificado por la invocacion del Espíritu Santo, no es ya un aceite ordinario que opera una unción vulgar, sino el don de Cristo y de su Espíritu, hecho eficaz por el mismo poder de Dios.»

Al principio de esta época, un golpe de martillo sobre un metal, y desde el siglo VII el sonido de las campanas, llamaban á la Iglesia á los cristianos para asistir á las oraciones diarias de mañana y tarde, y á la celebracion de los santos misterios. Esta celebracion consistía en dos partes principales. Asistían á la primera los catecúmenos, y aún los mismos paganos (*missa catechumenorum*); á la segunda sólo debían asistir los fieles bautizados.

La misa de los catecúmenos principiaba, segun las diversas liturgias, ya por el canto de los Salmos, ya por la lectura de un pasaje de las santas Escrituras. Todos los asistentes cantaban los Salmos á una voz, ó ya, desde el siglo IV en Oriente, y desde San Ambrosio en Occidente, separados los fieles en dos coros, los cantaban alternativamente. El primer salmo se cantaba como el *introito* de la misa actual (*introitus*): despues, conforme á las liturgias más antiguas, seguía, así como hoy se practica, una invocacion á la misericordia divina (*Kirie eleison*), y la doxologia, más ó ménos extensa (*gloria*). El obispo saludaba al pueblo (*pax vobis*), y dirigía una oracion en nombre de toda la asamblea (*collecta, quia fidelium vota ab eo quasi colligebantur*): sentábase entónces en su trono, y el lector desde el atril ó púlpito leía en lengua vulgar un pasaje de las Epístolas de los Apóstoles ó del Antiguo Testamento, ordinariamente en un libro donde estas *lecciones* se hallaban colocadas segun los tiempos del año. Sucedia á esta lectura el canto de un salmo (*gradualis*), y despues el mismo lector (sólo diácono desde el siglo IV) leía el Evangelio, que desde su trono ó desde lo alto del altar explicaba el obispo, acompañándolo de reflexiones prácticas y familiares (*tractatus*): otras veces pronunciaba un discurso sobre el punto que mejor le parecia (*sermo*). Cuando el pueblo se hallaba conmovido, solía acontecer, por efecto de los hábitos paganos, que demostrase su aprobacion por medio de aplausos tales, que un dia se vió San Juan Grisóstomo en el caso de interrumpir su discurso, exclamando: «Ni esto es un teatro, ni son comediantes los que venís á oír aquí.» En otra ocasion exclamó asimismo: «Vosotros me habeis aplaudido; ¡ay de mí, yo quisiera llorar!» Terminada la homilía, el diácono separaba á los infieles, catecúmenos, enérgúmenos y penitentes, cerraba las puertas é invitaba á los que podían permanecer en el templo á rogar por los afligidos, el clero, la Iglesia, todas las clases del pueblo, los amigos y los enemigos: entónces los asistentes se daban mutuamente el ósculo de paz.

Desde un principio abundan las pruebas de



la fe de la iglesia católica en la Eucaristía, como verdadero cuerpo y verdadera sangre de Jesucristo, y como verdadero sacrificio; pero se encuentran más numerosas aún en los padres de esta época y en las ceremonias particulares y significativas de la *missa fidelium*, enteramente correspondientes á las de la misa actual. Iniciando Cirilo á los hombres bautizados en los misterios de la Eucaristía, les decía: «Si Cristo en otro tiempo convirtió el agua en vino parecido á la sangre, en las bodas de Caná, ¿no le hemos de creer cuando convierte el vino en sangre? Recibamos, pues, lo que se nos ofrece con la firme conviccion de que es el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Se os da el cuerpo de Cristo bajo la forma del pan, y su sangre bajo la del vino, á fin de que, recibiendo el cuerpo y sangre de Jesucristo, lleguéis ser con áél un cuerpo y una sangre. No considereis el pan y el vino como simples elementos: son el cuerpo y la sangre de Jesucristo; el Salvador lo ha dicho: ¡Si vuestros sentidos se rebelan, que os afirme la fe, y sea ella vuestra certidumbre! No juzguéis por el paladar, sino estad plenamente seguros por la fe, de que es realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo lo que habeis recibido.»

El diácono y el subdiácono tomaban del pan y vino ofrecido por los fieles en la parte necesaria para la comunión. Esta ofrenda se señala en el ofertorio (*offertorium*) y en las oraciones que le anteceden, como un sacrificio de propiciacion por nuestros pecados, como el sacrificio de la víctima sin mancilla engendrada por la Virgen María.

Desde el siglo IV se habla del uso del incienso en el sacrificio de la Eucaristía. Despues del ofertorio, el diácono presentaba al obispo el agua para lavarse las manos, y hacia un nuevo exámen de conciencia, á fin de que no ofreciese el sacrificio, guardando algo en su corazon contra su hermano. Entónces se exhortaba al pueblo á elevar sus sentimientos al cielo (*prafatio*): «Elevemos nuestras miradas al Señor con temblor y miedo; elevemos nuestros corazones (*sursum corda*).—«Los elevamos hácia el Señor,» respondía á una voz el pueblo. Demos gracias al Señor nuestro Dios,»

continuaba el obispo, y el pueblo respondía: «Es justo y digno.» El prefacio terminaba con el himno de los ángeles: «Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos,» que el pueblo entonaba en union con el clero.

Aquí comenzaba la parte principal de la misa (*actio, secretum*), llamada *cánon* desde Gregorio Magno: en ella se conmemoraba á todos los fieles, al obispo y al patriarca, al emperador y la emperatriz, á los bienhechores de la Iglesia, y especialmente al Papa, así en Oriente como en Occidente, inscribiéndose al efecto su nombre en los dípticos de la Iglesia. En el momento en que el obispo iba á consagrar, se descorría, segun la liturgia oriental, la cortina que cubría el santuario, y el obispo elevaba el pan consagrado, convertido por medio de la oracion y en virtud de las palabras de la institucion divina en el cuerpo de Jesucristo.

Á su aspecto los fieles se prosternaban y adoraban. El uso de la *elevacion* no se practicó en Occidente hasta más adelante; pero, segun el testimonio de San Ambrosio y San Agustín, se adoraba la Eucaristía ántes de la comunión.

Seguía despues la oracion por los muertos en la comunión de la Iglesia, obispos, emperadores, legos, etc., y á continuacion, segun varias liturgias, como la de Cirilo de Jerusalem, el *Pater*, el *Agnus Dei*, y el *ósculo de paz*, dado por el obispo, y que se trasmitía jerárquicamente de grado en grado hasta los simples fieles. La misma jerarquía se observaba para la comunión: el obispo, los sacerdotes, el clero inferior, los ascetas, los monjes, los religiosos y los legos, recibían sucesivamente las santas especies con estas palabras: *El cuerpo de Cristo, la sangre de Cristo*; ó estas otras: *Guarda tu alma el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo*. Se decía la última oracion, y se despedía la asamblea (*missa, demissio*).

El sacrificio eucarístico se ofrecía por los fieles vivos y difuntos, y con especialidad por estos últimos el dia de su muerte, segun el testimonio de Tertuliano, y el tercero, noveno y centésimocuatragésimo despues del fallecimiento, segun las constituciones apostólicas. Despues de este período, principió ya á diferir